

**PROFESOR ELIÉCER SILVA CELIS (1914-2007):
UN SUGAMUXI DEDICADO A LA CAUSA MUISCA**

*Professor Eliécer Silva Celis (1914-2007): a
Sugamuxi devoted to the muisca cause*

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ CUENCA *
Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

* jvrodriguez@unal.edu.co

Artículo de revisión recibido: 31 de mayo del 2007 · aprobado: 2 de octubre del 2007

RESUMEN

El profesor Eliécer Silva Celis (1914-2007) es considerado el pionero de los estudios de arqueología funeraria, arqueoastronomía, bioarqueología y de arte rupestre de la sociedad muisca. Fue el fundador del Museo Arqueológico de Sogamoso, el cual ha jugado un papel importante en la construcción de una identidad cultural en relación con el pasado muisca. Las excavaciones arqueológicas adelantadas por el profesor Silva en Sogamoso, Villa de Leyva, Chiscas, Soacha y otros lugares del país han aportado una importante información sobre la discusión acerca de los orígenes de los pueblos muisca.

Palabras clave: *Eliécer Silva Celis, bioarqueología colombiana, sociedad muisca, Sogamoso, historia de la antropología, antropología colombiana.*

ABSTRACT

Professor Eliécer Silva Celis (1914-2007) is considered a pioneer of the studies in funerary archaeology, archaeoastronomy, bioarchaeology and the *muisca* society art. He was the founder of the Museo Arqueológico de Sogamoso, which has played an important role in the construction of a cultural identity related to the *muisca* past. The archaeological excavations carried out by professor Silva in Sogamoso, Villa de Leyva, Chiscas, Soacha and some other sites, have constituted important contributions to the knowledge of the debates about the origin of *muisca* towns.

Keywords: *Eliécer Silva Celis, Colombian bioarchaeology, muisca society, Sogamoso, history of anthropology, Colombian anthropology.*

EL LEGADO DEL ÚLTIMO SUGAMUXI

El profesor Eliécer Silva Celis constituye una de las plumas más prolíficas de la antropología colombiana; con cerca de cuatrocientos títulos publicados en revistas nacionales e internacionales —y con el apoyo de una amplia bibliografía, que da muestra de su carácter moderno y globalizador— plasmó una visión holística e integral de problemáticas abordadas a la luz de diferentes fuentes (arqueología, bioantropología, etnohistoria, etnografía) interpretadas en el contexto de la cosmovisión indígena. Mantuvo permanente contacto con las sociedades de americanistas de Europa y América, asistiendo a eventos internacionales, actualizándose sobre el discurrir de las tendencias científicas. En 1948 fue nombrado por unanimidad Secretario General del xxviii Congreso Internacional de Americanistas celebrado en París, y en 1964 obtuvo la Mención de Honor por su trabajo en el vii Congreso Mundial de Antropología y Etnología realizado en Moscú. Dentro de sus obras perennes se encuentran la fundación del Museo Arqueológico de Sogamoso en 1942 y la de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC) de Tunja (Boyacá), en 1953. La investigación conducente a la ubicación, excavación de las ruinas y reconstrucción del Templo del Sol en Sogamoso, además del observatorio astronómico de El Infiernito en Villa de Leiva, obras de la sociedad premuisca, constituyen igualmente importantes legados para la humanidad. Su deceso a los 93 años ha consternado a la comunidad boyacense y nacional en general, pero su imagen como educador, investigador, rector de la UPTC, esposo, padre y faro iluminador de semilleros de investigación permanece en la memoria de todos sus allegados.

EL TEMPLO DEL SOL EN EL SIGLO XVI

La sociedad muisca en el siglo xvi estaba constituida por un conjunto de unidades políticas centralizadas en Bogotá, Tunja, Duitama, Sogamoso y otras regiones independientes, siendo el Sugamuxi, el supremo jefe religioso, quien se comunicaba en una lengua especial con los otros sacerdotes, oficiaba las diferentes ceremonias revitalizadoras de la sociedad y los rituales de enterramiento de los grandes caciques. Juan de Castellanos (1997: 1157) narra la esmerada dedicación de los *xeques* (ogques) a sus oficios religiosos, quienes se preparaban desde

muy niños para esos menesteres, vivían en moradas especiales con gran recogimiento y abstinencia, comiendo poco pero mascando con frecuencia coca, sin casarse, respetados y muy consultados por toda la comunidad para curar las afecciones del cuerpo y el alma.

Para los muiscas, el sol era la entidad más lúcida, adorado por ser el dador de los recursos y benefactor omnipotente; la luna era su mujer y compañera. Consideraban que al morir una persona su cuerpo se descomponía pero su alma bajaba al centro de la Tierra, donde cada uno conservaba las actividades que había desempeñado en la Tierra, con casas, labranzas y una vida reposada, pues pensaban que el mundo era permanente. También veneraban las montañas, lagunas, fuentes de agua y ríos, cuevas y plantas. Su gran predicador fue Neuterequeteua, Bochica o Xue, quien les enseñó las leyes, las artes e industrias. Pero después de un largo peregrinaje por Sogamoso, este predicador fallece dejando como heredero al Sugamuxi, supremo sacerdote.

Entre los templos destinados a la vida religiosa de los muiscas había uno de “extraña grandeza y ornato, que decían los indios ser dedicado al dios Remichinchagagua, a quien veneraban mucho con sus ciegas supersticiones e idolatrías” (Aguado, 1956, I: 294). En la Sierra Nevada del Cocuy, provincia de los laches, existió otro Templo del Sol en un valle al lado de la cordillera. Aquel otro templo tenía dispuestas en lo alto patenas de oro que resplandecían con el sol y se veían así desde muy lejos. En su interior había adornos orfebres, caracoles marinos y cuentas de piedra, al igual que ricos enterramientos de personajes importantes (Aguado, 1956, I: 338).

En el pueblo de Iguaque —donde según la leyenda vivían las figuras míticas de Bachué, llamada también Furachogua por sus buenas obras, y del muchacho que ella misma sacó de las aguas— había en una casa de adoración una estatua maciza de oro fino que representaba a un niño de aproximadamente tres años de edad, además de muchas mantas de algodón fino, muchos pedazos de barras, tejos y cintillas de oro fino con figuras humanas y de animales. Era tal la majestuosidad de los templos muiscas que al ver que un cura español con otros indígenas de servicio iban a robar el tesoro, los lugareños lo evacuaron hacia la laguna donde lo escondieron a buen recaudo; los intentos por encontrarlo desaguando la laguna fueron infructuosos para los españoles (Simón, 1981, III: 368-371).

Cuando llegaron los españoles a Sogamoso a finales de agosto o principios de septiembre de 1537, se maravillaron con un templo construido sobre recios maderos de guayacán provenientes de los Llanos Orientales, de piso y paredes recubiertos con espartillo, con techo trenzado en paja cuyas entradas eran muy pequeñas y estaban orientadas sobre los cuatro puntos cardinales, repitiendo la visión cósmica del mundo muisca. En su interior encontraron momias dispuestas sobre andamios, con adornos de oro y otros objetos que luego fueron objeto del pillaje peninsular. El fuego que provocó el descuido de dos soldados —dejan sus antorchas sobre el piso elaborado con tejido de esparto— que penetraron a hurtadillas al templo con el fin de saquear la mayor cantidad de tesoros, reduciría a cenizas una de las construcciones más veneradas por los muiscas, custodiada por el ogque (xeque), supremo sacerdote de Sugamuxi. Se dice que su incendio continuó durante más de un año por la presencia de gruesos maderos y la cantidad de paja y espartillo que contenía.

LA GESTACIÓN DE OTRO SUGAMUXI

Casi 470 años después fallecería un venerable personaje, arqueólogo, docente e investigador de la cultura muisca, don Eliécer Silva Celis, quien dedicaría desde 1942 hasta su deceso todas sus energías y tiempo a la reconstrucción del Templo del Sol, a la construcción del Museo Arqueológico de Sogamoso, a la recuperación de la información arqueo-astronómica en Villa de Leiva, a la formación de la primera universidad boyacense, la UPTC, a la divulgación de la cultura muisca de cara a la formación de una identidad cultural que respetara y valorara el ancestro indígena, y a la consolidación de la espiritualidad de los colombianos. Su obra fructificó, hasta el punto que fue velado en ese sagrado templo, y en su sepelio fue despedido por niños del Colegio Sugamuxi —quienes lo conocían y escuchaban con atención sus relatos sobre Bochica, Bachué y otras leyendas—, acompañado con sonidos de caracoles y fatutos, al estilo de los personajes indígenas, como un verdadero Sugamuxi.

El profesor Silva Celis es ejemplo de una vida y obra incansable al servicio del país; dedicado a rasguñar la tierra con los pocos recursos que para la arqueología se destinan, tocó puertas en París, México, Moscú, Tegucigalpa y otras capitales del mundo para dar a conocer

las investigaciones arqueológicas del territorio Chibcha, incluso ante el Senado de Colombia para defender su *alma mater*, la UPTC, cuando en 1953 se quedaba sin recursos a causa de las penurias de su presupuesto. Igualmente, defendió a capa y espada la ubicación del Museo Arqueológico en Sogamoso como patrimonio de los sogamoseños y de la humanidad, ante la eventualidad de su reubicación en Bogotá.

Su camino por la vida no fue nada fácil. Nació el 20 de enero de 1914 en el caserío de Tobasía, municipio de Floresta (Boyacá), quedó huérfano a temprana edad, situación que lo obligó a trabajar en el rebusque; vendiendo baratijas por los pueblos de Boyacá, transitando por polvorientos caminos durante semanas hasta moler sus sudorosos pies. Se alista incluso en la construcción del Ferrocarril de Antioquia y enfrenta las cálidas y malsanas tierras del valle del río Magdalena. Con sus ahorros solo aspira estudiar para salir adelante, y es gracias a su temple y disciplina, y a lo que devengaba como docente en la cárcel de Santa Rosa de Viterbo, y posteriormente en el panóptico de Tunja, que logra finalizar de manera exitosa sus estudios de secundaria en 1937.

Ese mismo año ingresa a la Escuela Normal Superior de Colombia en Bogotá, donde conoce a ilustres librepensadores que huían de la agitada Europa nazi, destacándose Paul Rivet, Justus W. Schottellius, José Francisco Socarrás, Rudolf Hommes, Gregorio Hernández de Alba, José de Recasens, entre otros. Ellos a la vez fueron sus inolvidables maestros en los campos de la etnología, arqueología, antropología física, historia, filosofía, lingüística y en otros conocimientos que formaron al futuro investigador. Con el sabio americanista francés Paul Rivet —fundador del Instituto Etnológico Nacional, hoy en día Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)— sostuvo una estrecha amistad que se fortaleció con el viaje de estudios del profesor Silva a Francia, donde participó entre 1946 y 1947 en excavaciones de yacimientos del Paleolítico Medio junto con notables investigadores.

De la promoción de 1941 de la Escuela Normal Superior egresarían con Silva Celis varios ilustres personajes que darían pie a las escuelas de antropología e historia colombianas, como Graciliano Arcila Vélez, fundador del Museo Antropológico de la Universidad de Antioquia y del *Boletín de Antropología*; Luis Duque Gómez, fundador de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República, del *Boletín del Museo del Oro* y del *Boletín*

de Arqueología, siendo también rector de la Universidad Nacional de Colombia; Blanca Ochoa de Molina, gestora de la línea de Arqueología de la Carrera de Antropología en la Universidad Nacional, fallecida recientemente; Jaime Jaramillo Uribe, fundador del Departamento de Historia y de la revista *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* de la Universidad Nacional, entre otros.

EN BUSCA DE LAS HUELLAS DEL TEMPLO DEL SOL

Desde 1942, con su ingreso al Servicio Arqueológico Nacional, el profesor Eliecer Silva Celis acompaña a Gregorio Hernández de Alba en las excavaciones alrededor del Pozo de Donato en predios del Cercado Grande de los Santuarios de la UPTC, Tunja; adelanta exploraciones arqueológicas en Tierradentro (Silva, 1944a), La Belleza (Santander) (Silva, 1944b), el Cocuy, región del grupo Lache (Silva, 1945a, 1946), e inicia la búsqueda de los vestigios del Templo del Sol en la vereda Monquirá de Sogamoso, cerca del pozo de Conchucua (Silva, 1945b, 1945c, 1947, 1968, 2005).

Ávido lector de crónicas de Indias y fervoroso creyente en el espíritu religioso de los muiscas, el profesor Silva dedicó su vida a la ubicación de los vestigios del Templo del Sol con el fin de recuperar su memoria para la posteridad. En esa época, la principal fuente de documentación para el inicio de las investigaciones arqueológicas eran los cronistas, por lo que gracias a la acuciosa lectura de Aguado, Castellanos, Oviedo, Piedrahita, Simón, Zamora y otros, además de la información etnográfica recabada por algunos curiosos del siglo XIX, en los años cuarenta del siglo XX se trataba de interpretar los espacios y personajes de los relatos, la forma y tamaño de los bohíos y recintos rituales, los objetos depositados como ofrenda, las acciones allí realizadas y los vestigios que se hallaban durante las excavaciones arqueológicas.

De modo que revisa con detalle el informe presentado en marzo de 1924 por una comisión del Ministerio de Instrucción Pública integrada por Gerardo Arrubla y el general Cuervo Márquez, que tenía el fin de examinar los hallazgos del señor Izquierdo en su terreno de Sogamoso, quien informaba que se hallaban huellas de columnas de madera, piezas de oro y otros objetos. Durante tres días de excavaciones los investigadores sacan a la luz huellas de 80 cm de diámetro de madera procedente

de los llanos de Casanare y reportes, según ellos fidedignos, sobre la presencia de huesos humanos cerca de estos postes. Otro participante, el señor Peñuela, agrega que la supuesta forma del techo era como el de las pagodas nepalesas y japonesas (Montaña, 1994).

El profesor Silva aborda con visión crítica el informe, planteando al Centro Histórico de Sogamoso que lo que describían los autores no eran las huellas del templo, sino parte del cercado, pues la planta no era circular, sino rectangular. El techado o cubierta no se podía deducir con los datos encontrados, además de que no correspondía con los relatos sobre la arquitectura muisca. Acota también que la presencia de huesos humanos bajo los troncos no constituye prueba de la presencia del templo, pues según la tradición muisca los sacrificios se realizaban igualmente durante las construcciones de los cercados y bohíos. Según los datos recabados en el informe del Ministerio, el investigador Silva, apoyándose en la información de los cronistas, concluía que los materiales recolectados había que analizarlos en laboratorio para una mayor precisión y que la información recabada en predios del señor Izquierdo no eran compatibles con una quema como la descrita por los cronistas para el templo, y que más bien en terrenos aledaños se apreciaban huellas de un gran incendio, como cenizas y carbones en gran cantidad.

LA ANTIGÜEDAD DE LA SOCIEDAD MUISCA

En los años cincuenta y sesenta del siglo xx se consideraba que la sociedad muisca se había desarrollado tardíamente entre 1000-1500 d. C. (Angulo, 1963) y que se había originado a partir de las migraciones masivas ocurridas en una etapa anterior a la llegada de los españoles (Reichel-Dolmatoff, G. & Reichel-Dolmatoff, A., 1956). No obstante, el profesor Silva fue un asiduo defensor de la gran antigüedad de la sociedad chibcha de los Andes orientales, apoyándose, por un lado, en el mito sobre Bochica, que pese a estar incompleto, representaba, a su parecer, un núcleo histórico que conservaba recuerdos de sucesos acaecidos en un pasado remoto (de cerca de dos milenios de antigüedad), y, por otro lado, concebía que el profundo conocimiento que los muisca tenían sobre su medio ambiente y sus recursos (explotación minera de esmeraldas, sal y carbón mineral, entre otros), y el

nivel de desarrollo sociopolítico que habían alcanzado, no se obtenía en un período muy breve.

Según los cálculos de los cronistas, la obra civilizadora de Bochica, que consistió en la enseñanza del arte de los tejidos y alfarería, además de otras prácticas, se había presentado veinte edades atrás de que ellos llegaran, cada edad con setenta años, es decir, 1.400 años atrás (hacia el siglo II d. C.), según fray Pedro Simón (1981, III: 374); o hacia el siglo I d. C., de acuerdo a lo narrado por Vargas Machuca.

Posteriormente, apoyado en una fecha de 310 ± 50 d. C. obtenida de una muestra de maíz carbonizado hallada en un depósito profundo en cercanías del Templo del Sol, corroboraba sus afirmaciones, por lo que ubicaba sus albores entre el 500 a. C. y el 500 d. C., es decir, en el periodo Herrera (Silva, 1968: 196). Sobre esto Silva (1968: 210) concluía que

[...] el ascenso de los Chibchas o Muiscas desde el umbral de los sencillos cazadores-recolectores, que los precedieron en la altiplanicie colombiana, hasta el elevado nivel en que los encontraron los españoles, constituye uno de los más fascinantes capítulos de la historia de América precolombina.

Durante varios lustros persistió la idea sobre el origen tardío de los chibchas a partir de migraciones provenientes de tierras bajas (Reichel-Dolmatoff, 1956; Langebaek, 1987; Lleras, 1995), sin embargo, los estudios bioantropológicos han desvirtuado esas tesis y apoyado la idea de Silva Celis sobre un origen endógeno a partir de cazadores-recolectores y plantadores que conocieron las propiedades de los recursos vegetales del altiplano y se asentaron permanentemente en esta región mediante un proceso microevolutivo (Rodríguez, 1999, 2001). La datación de un enterramiento en los alrededores del Templo del Sol en 190 ± 40 d. C. (Rodríguez, 2001: 260) estaría señalando que el uso ritual de este espacio se remonta al periodo Herrera y tuvo continuidad durante el periodo Muisca hasta la llegada de los españoles, tal como se manifiesta en el hecho de que se halla cerámica tanto de uno y otro periodo. Por consiguiente, este rito sería practicado por una misma población en diferentes épocas, sugiriendo, además, que ambas eran lingüísticamente chibchas. Excavaciones arqueológicas realizadas en Madrid (Cundinamarca) confirman esta hipótesis (Rodríguez & Cifuentes, 2005).

PIONERO DE LA ANTROPOLOGÍA SIMBÓLICA EN COLOMBIA

Quizás, bajo la influencia religiosa de su tío sacerdote, un gran orador para su época, y apoyado en la lectura de autores de historia de las religiones (Durkheim, Eliade, Frazer, Levy-Bruhl, Metraux, entre otros), Silva Celis se interesó por la interpretación simbólica de la iconografía cerámica, textil, rupestre, lítica y funeraria. Así, por ejemplo, opinaba que los vasos-retratos, las figuras antropomorfas de oro y arcilla, las máscaras y las imágenes esculpidas en tumbas prehispánicas había que interpretarlas a la luz del concepto de la sustitución de la persona humana con todas sus cualidades y atributos, asociada a una ideología común: “[...] relacionada principalmente con la conservación del individuo (muerto), provisto de sus rasgos físicos y ornamentales característicos, con vista al cumplimiento de fines sociales y mágicos, no importa que su forma corporal haya desaparecido bajo la tierra” (Silva, 1968: 180).

Los monolitos tallados de cuerpo alargado y magnitud variable, hallados en Tunja (Templo de Goranchacha), Villa de Leiva (Infiernito), Sutamarchán, Ramiriquí, Paz del Río y otros lugares, los consideró representaciones fálicas de culto a la fertilidad cuyo órgano masculino viril simbolizaría “la sacralidad de la sexualidad humana y la preocupación por la fecundidad de la tierra [...]” (Silva, 1987: 171).

Preocupado por la necesidad de interpretar y preservar las pictografías nativas —dado que, por un lado, para los indígenas actuales estas contienen un gran significado cosmogónico y sagrado, y, por otro, su destrucción, por la acción vandálica de gente sin escrúpulos, está eliminando una importante fuente de información sobre el pasado prehispánico— el profesor Silva se propuso un estudio comparativo, apoyándose en fuentes de diversa índole, como la etnografía, la arqueología, la religión y la cosmogonía de diversas partes de Colombia. Al respecto Silva (1968: 142) concluía que la concepción sobre el mundo era representada en los objetos de uso cotidiano y sagrado:

El profundo arraigo de principios y convicciones relativos al control y dominio de las cosas y fenómenos celestes, y de creencias tocantes a la vida pasada y presente de la comunidad, explica el que ideogramas como la espiral, el círculo, la sigma, los emblemas yugales, geomorfos, ornitomorfos, zoomorfos, antropomorfos, etc., solos o asociados unos a otros, formando a veces complejas

unidades o conjuntos, hayan alcanzado en las altas culturas de Mesoamérica, Colombia y los Andes centrales, el más elevado y profundo simbolismo.

Dentro de los alumnos que descuellan por seguir los pasos de la antropología simbólica en las aulas de la UPTC tenemos al profesor de la Universidad del Tolima, César Velandia Jagua, premio Alejandro Ángel Escobar en Ciencias Sociales por su trabajo sobre la iconografía de la estatuaria de San Agustín (1994).

PIONERO DE LA ARQUEO-ASTRONOMÍA EN COLOMBIA

Las investigaciones arqueológicas adelantadas en el sitio del Infiernito (Villa de Leiva, Boyacá), con el apoyo de la UPTC y Colciencias, condujeron al descubrimiento de dos centros con funciones astronómicas y rituales, conformado el primero por hileras de 56 columnas líticas alineadas Este-Oeste, separadas cada 38 cm; el segundo estaba integrado por gruesos monolitos tallados igualmente orientados Este-Oeste, separados cada 650 cm. Al pie de cada columna se hallaron ofrendas de cuentas de collar en concha marina, lascas y fragmentos líticos. Según Silva (1981, 1986), las sombras proyectadas por las columnas servían de orientación para el seguimiento del sol en el horizonte durante los solsticios y equinoccios, a manera de un computador de acontecimientos cósmicos, similar a lo hallado en Stonehenge (Gran Bretaña), construcción megalítica del Neolítico europeo.

De tres fogones hallados frente a las columnas, al parecer realizados antiguamente con fines rituales, se dataron restos de carbón vegetal (restos de animales, ocre, maíz) mediante radiocarbono, arrojando sendas fechas de 230 ± 140 , 540 ± 195 y 930 ± 95 a. C., correspondientes al periodo Herrera. Estas dataciones condujeron al autor a pensar que el desarrollo cultural muisca debió haber sido antecedido por un tiempo prudencial, por lo que “no es imposible, entonces, que los pasos iniciales y fundamentales con los que se inicia la civilización chibcha se sitúen a mediados del segundo milenio antes de la era cristiana” (Silva, 1981: 14), y que la construcción de las monumentales obras talladas en piedra del Infiernito representan un esfuerzo extraordinario de los muisca por adentrarse en los dominios estelares con el fin de intervenir y controlar los factores climáticos que incidían en la productividad

de las cosechas, en un medio ambiente de escasa pluviosidad como el de Villa de Leiva.

A pesar de que los contextos fechados no contenían cerámica que permitiese asociarla al periodo Herrera y establecer los estilos característicos de su época, no obstante, podrían estar señalando que las construcciones megalíticas sí corresponden a este periodo, al igual que el de Goranchacha en Tunja, Sutamarchán, Ramiriquí, Tibaná, Paz del Río y otros lugares. Estas fechas han sido rechazadas por algunos investigadores debido a las posibles deficiencias técnicas que el Instituto de Asuntos Nucleares de Colombia presentó cuando realizó las pruebas (Langebaek, 1995). Como plantearía Gerardo Reichel-Dolmatoff (1986: 238), si aceptamos estas fechas “la edad de la construcción se remonta a la de la cerámica de tipo Formativo, lo que desde luego no es sorprendente si tenemos en cuenta la gran antigüedad de construcciones astronómicas en América”.

En recientes revisiones de la cronología de la sabana de Bogotá, las fechas confiables del periodo Herrera se insertan entre el 300 a. C. y el 200 d. C. (Boada, 2006: 56), entre tanto, las fechas obtenidas por el profesor Silva Celis lo ubican en un lapso de tiempo más amplio, entre el I milenio a. C. y el siglo IV d. C., y el hecho de que alrededor del Templo del Sol en Monquirá (Sogamoso) se hallen entierros tanto con cerámica del periodo Herrera como muisca, plantearía que, efectivamente, el desarrollo cultural de esta región no posee signos ni de ruptura temporal ni de migraciones masivas tardías de pueblos foráneos como se ha insistido (cfr. Lleras, 1995).

PIONERO DE LA ARQUEOLOGÍA FUNERARIA Y BIOARQUEOLOGÍA EN COLOMBIA

Mientras que la mayoría de sus colegas que se dedicaron a la arqueología hicieron énfasis en las obras monumentales de San Agustín, Tierradentro y Sierra Nevada de Santa Marta, Silva Celis se dedicó a las excavaciones de contextos funerarios en Soacha, alto río Minero, Tunja, Chiscas y Sogamoso. Además de su preocupación por el mundo funerario, hizo énfasis en la descripción bioantropológica, para lo cual se empeñó en obtener el equipo osteométrico que era bastante costoso en su tiempo y había que importarlo de Alemania. Dentro de sus anécdotas cuenta que en alguna oportunidad logró conseguir recursos

nacionales para su importación, pero los docentes departamentales se encontraban sin su paga, por lo que fue necesario reorientar los dineros para subsanar el problema.

De cada tumba obtenía información sobre su forma, tamaño, construcciones internas, distribución y características del ajuar funerario, tipo de entierro, orientación, posición y ubicación de los restos, tratamiento del cuerpo, identificación biológica de los individuos enterrados (sexo, edad, patologías, características craneométricas). Complementaba su interpretación con el apoyo de referencias etnográficas sobre la simbología acerca de la muerte de grupos indígenas contemporáneos, y con datos de cronistas sobre sacrificios y prácticas rituales.

De 75 tumbas excavadas sobre la margen derecha de la quebrada Ombachita, vereda Monquirá (Sogamoso), el 36% eran de pozo circular; el 29,4%, de forma oval; y el resto, de corte cilíndrico. En las otras necrópolis casi el 50% tenía forma de pozo oval; los cuerpos yacían en posición sedente con los miembros flexionados contra el pecho en la primera forma y en la segunda en posición lateral flexionada, ya sobre el lado izquierdo, ya sobre el derecho. Algunas de estas tumbas tenían una laja sobre ellas (Buitrago & Rodríguez, 2001).

Llama la atención su concienzuda descripción bioantropológica de cada esqueleto, especialmente la caracterización craneométrica, pues este procedimiento le permitía, por un lado, abordar la problemática del tipo de deformación cefálica, y, por otro, las posibles relaciones biológicas con otros grupos étnicos (Silva, 1947). Su interés por la paleopatología lo llevó a incursionar en el campo de las enfermedades antiguas que padecieron los indígenas, de ahí que en el Museo Arqueológico de Sogamoso se halle una colección de esqueletos con lesiones óseas, singular en Colombia. Entre sus curiosidades se halla el único reporte en el país sobre un caso de incrustación dental de esmeralda, en los primeros premolares de un cráneo proveniente de Suesca (Silva, 1968: 207).

La práctica de la momificación fue uno de los aspectos más estudiados por él sobre las sociedades prehispánicas, especialmente de la región del Cocuy, la cual visitó en diciembre de 1943. Las momias recuperadas personalmente por Silva Celis, con todo el esplendor del contexto cultural subyacente, constituyen una fuente de información única sobre el pasado de esas poblaciones, posiblemente de filiación

Lache, en las que se resaltan sus textiles, cerámica, orfebrería, objetos para la inhalación de yopo, y sobre las enfermedades del pasado (Silva, 1945a, 1946).

EL SUGAMUXI AMIGO DE LOS HIJOS DEL SOL

En alguna oportunidad el municipio de Sogamoso debió decidir entre construir una escuela o un museo. Gracias a las recomendaciones del novato investigador se inclinó por la segunda opción; un museo era necesario en cuanto agente motor de identidad cultural, de desarrollo turístico y como centro de investigación. Se podría decir que Eliécer Silva Celis dividió la historia del municipio de Sogamoso en dos: antes y después de la construcción del Museo Arqueológico. Así lo evidencian la amplia afluencia de turistas nacionales y extranjeros, las investigaciones arqueológicas que allí se desarrollan, el valioso centro de documentación, la invaluable colección material que allí reposa sobre la sociedad muisca, además de las diferentes actividades culturales que se programan, como festivales de música andina, gastronomía a base de maíz y quinoa, observación astronómica, artesanías, desfiles de silleteros y otros, que han puesto a Sogamoso en el mapa del mundo.

El sogamoseño se siente orgulloso de sus ancestros muisca, del Templo del Sol, de Bochica y Bachué, de los grabados geométricos en cerámica y textiles, de los farautes y música andina, del maíz, la chicha, los envueltos, el mute y la mazamorra. Todo esto gracias al último Sugamuxi, quien empeñó su aliento, sudor, salarios, etc., y optó por noches en vela, viajes en buses por tortuosas carreteras desatapadas, durmiendo en incómodas bancas, sacrificando el tiempo de convivencia con su familia para hacer realidad lo que parecía un mito americano más. Su obra perdurará y se acrecentará en la medida en que se tome conciencia de la importancia de su legado.

Su esposa, doña Lilia Montaña de Silva, pluma lírica de gran sensibilidad artística, virtuosa narradora de los mitos y leyendas chibchas, quien lo acompaña en su viaje sideral, también cumplió un importante papel en la vida y obra de esta familia. Con rítmicos trazos poéticos narra el mito sobre la formación de la Laguna de Tota, que surgió después de una larga pesadilla de sequías, hambrunas, enfermedades y muerte de animales y humanos; cuando las manos indígenas se ocupaban más en enterrar a sus ancianos y jóvenes que en sembrar plantas,

hasta que después de muchas plegarias en el Templo del Sol y de levantar un adoratorio en la cima de las rocas, el dios padre Chiminigagua anunció que Bachué, la diosa madre y de las aguas, se apiadaba del pueblo muisca, llenando la inmensa oquedad ocupada anteriormente por una enorme serpiente, con aguas diáfanas y límpidas que irrigaron los suelos para que prosperaran plantas, animales y humanos. De aquí que las ranas, anunciadoras del comienzo de las lluvias se hayan conformado en uno de los principales símbolos de la iconografía muisca (Montaña, 1970, 1992).

Su hija, la antropóloga Margarita Silva Montaña, actual directora del Museo Arqueológico de Sogamoso, hereda la gran responsabilidad de perpetuar la gesta de sus padres, pero, al mismo tiempo tiene el privilegio de contar con un espacio sagrado de investigación que permitirá dilucidar la polémica sobre los orígenes de los muisca y sus antecesores, teniendo en su haber las colecciones de referencia compuesta por millares de fragmentos y vasijas de cerámica, objetos votivos procedentes de varias partes del país, volantes de huso de piedra, momias y más de dos centenares de esqueletos humanos. Además de la única institución académica, la UPTC, que administra museos y parques arqueológicos en Colombia y que desde sus inicios ha apoyado la investigación arqueológica.

Y como el epitafio que escribiera don Manuel del Socorro Rodríguez en 1793 para la tumba del supremo sacerdote de Sogamoso —bautizado en 1541 con el nombre de don Alonso, muy estimado por religiosos y conquistadores, sepultado en esta ciudad por los mismos franciscanos— y que el mismo profesor Eliécer Silva Celis transcribiera de modo premonitorio (Silva, 2005: 176):

¡Oh gran dolor!

Aquí yace el gran supremo Sugamuxi, compasivo y amante pastor de su rebaño; el mejor hombre de Cundinamarca; la corona y honra de su nación; el amigo de los hijos del Sol, y quien al fin adoró las luces del Sol eterno. Roguemos por su Alma.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguado, P. de (1956 [1571]). *Recopilación historial*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de Colombia.

- Angulo V., C. (1963). Cultural Development in Colombia. *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An Interpretative Review*, 1(146).
- Boada, A. M. (2006). *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva en Cota y Suba, Sabana de Bogotá (Colombia)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Buitrago, L. M. & O. Rodríguez. (2001). Estudio bioantropológico de la colección Eliécer Silva Celis, Museo Arqueológico de Sogamoso. En J. V. Rodríguez (ed.), *Los chibchas. Adaptación y diversidad en los Andes Orientales de Colombia* (pp. 217-249). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia & Colciencias.
- Castellanos, J. de (1997 [1601]). *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá: Gerardo Rivas M. (Ed.).
- Langebaek, C. H. (1987). *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muisca. Siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República. Colección bibliográfica.
- Langebaek, C. H. (1995). *Arqueología regional en el territorio muisca. Estudio de los valles de Fúquene y Susa. Memoirs in Latin American Archaeology*, 9. Pittsburg & Santa Fe de Bogotá: University of Pittsburg & Universidad de los Andes.
- Lleras, R. (1995). Diferentes oleadas de poblamiento en la prehistoria tardía de los Andes orientales. *Boletín del Museo del Oro*, 38 y 39, 3-11.
- Montaña, L. (1970). *Mitos, leyendas, tradiciones y folclor del lago de Tota*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Montaña, L. (1992). *La fiesta del Huan*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Montaña, L. (1994). El doctor Eliécer Silva Celis. Su vida y sus trascendentales aportes al desarrollo de la ciencia de la antropología en Colombia. *Repertorio Boyacense, Órgano de la Academia Boyacense de Historia*, 330, 9-92.
- Reichel-Dolmatoff, G. & Reichel-Dolmatoff, A. (1956). Momil. Excavaciones en el Sinú. Bogotá. *Revista Colombiana de Antropología*, 5, 111-333.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1986). *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Bogotá: Funbotánica.
- Rodríguez, J. V. (1999). *Los chibchas: pobladores antiguos de los Andes orientales. Adaptaciones bioculturales*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Rodríguez, J. V. (2001). Craneometría de la población prehispánica de los Andes orientales de Colombia: diversidad, adaptación y etnogénesis. Implicaciones para el poblamiento americano. En J. V. Rodríguez (ed.), *Los*

- chibchas. Adaptación y diversidad en los Andes orientales de Colombia* (pp. 250-310). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia & Colciencias.
- Rodríguez, J. V. & Cifuentes, A. (2005). Un yacimiento formativo ritual en el entorno de la antigua laguna de La Herrera, Madrid, Cundinamarca. *Maguaré*, 19, 103-131.
- Silva C., E. (1944a). Arqueología de Tierradentro. *Revista Instituto Etnológico Nacional*, 1(1); 1(2).
- Silva C., E. (1944b). Relación preliminar de las investigaciones arqueológicas realizadas en La Belleza, Santander. *Boletín de Arqueología*, 1(1).
- Silva C., E. (1945a). Contribución al conocimiento de la civilización de los Lache. *Boletín de Arqueología*, 1(5), 370-424.
- Silva C., E. (1945b). Sobre antropología chibcha. *Boletín Arqueológico*, 1(6), 531-552.
- Silva C., E. (1945c). Investigaciones arqueológicas en Sogamoso. *Boletín de Arqueología*, 1(1), 36-48; 1(2), 93-112; 1(4), 283-297; 1(6), 467-490.
- Silva C., E. (1946). Cráneos de Chiscas. *Boletín Arqueológico*, 2(2), 46-60.
- Silva C., E. (1947). Sobre arqueología y antropología chibcha. *Revista Universidad Nacional*, 8, 233-253.
- Silva C., E. (1968). *Arqueología y prehistoria de Colombia*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Silva C., E. (1981, enero-abril). Investigaciones arqueológicas en Villa de Leiva. *Boletín Museo del Oro, año 4*, 1-18.
- Silva C., E. (1986). Las ruinas de los observatorios astronómicos precolombinos muiscas. En *Villa de Leiva: huella de los siglos* (pp. 49-57). Bogotá: Croydon.
- Silva C., E. (1987). Culto a la fecundidad. Los falos muiscas de Villa de Leiva. *Maguaré*, 5, 167-182.
- Silva C., E. (2005). *Estudios sobre la cultura chibcha*. Tunja: Academia Boyacense de Historia & Javier Ocampo (ed.).
- Simón, P. (1981 [1625]). *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias occidentales*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Velandia, C. A. (1994). *San Agustín. Arte, estructura y arqueología*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Colección textos universitarios.

